

## LA REVOLUCION DIGERIDA

**F**IN de semana del Pentecostés: brilla un sol cálido sobre la larga fila de coches en las carreteras. Cargados de equipajes, de familias, otros han emprendido una ruta más larga: la del primer sector de vacaciones, el del mes de junio. Para esto habían acaparado la gasolina. Para esto habían pasado noches en blanco, en las filas de espera de las estaciones de servicio; para esto se habían fingido algunos médicos o periodistas —prioritarios en la distribución—, habían tenido altercados, luchas. Corrían a sus casas, vaciaban el depósito en los bidones y regresaban otra vez a otra estación de servicio. Para irse al campo en Pentecostés, como todos los años. Es la sociedad de consumo. La sociedad de consumo se mide, también, en octanos de gasolina, en muertes en la carretera cada fin de semana. Hubo una revolución contra la sociedad de consumo; responde con su peregrinación hacia el mar, hacia las fronteras, hacia los puntos de pesca o de reposo. Un transistor, o la radio del coche, les va informando: es la desescalada de las huelgas, de la agitación social. Pero el martes aún todo dista mucho de ser normal. Si en algunos sectores se ha vuelto al trabajo, en la mayoría se sigue discutiendo punto por punto, sector por sector, los nuevos acuerdos laborales con las empresas privadas o con el estado patrón. Generalmente, los obreros están consiguiendo ventajas superiores a las del primer acuerdo entre Sindicatos y patronos. Pero ahora cada vez que los delegados consiguen un nuevo acuerdo, lo presentan a los huelguistas, a la base, para que sea ella quien los apruebe. Los sectores más duros hasta ahora son la siderurgia y el automóvil.

Otros coches se han quedado en París. Recorren de arriba abajo los Campos Elíseos agitando en las ventanillas grandes banderas tricolores. Repiten, en sus claxons, cinco golpes con un ritmo peculiar. Es una música antigua. Se la oyó en Argel, se la oyó en París. Cada golpe de claxon representa un sílaba: «Al-ga-rie fran-çaise». Naturalmente, no piden ahora la anexión de Argelia: es un símbolo, una señal de reconocimiento. La señal de la contrarrevolución. Los activistas de la derecha que entonces la utilizaban contra de Gaulle, la utilizan ahora en su favor. Es una reconversión. Una reconversión del General. Se pedía, con frase de Servan Schreiber, una «redistribución del poder». Se ha hecho una redistribución de símbolos. Los claxons de los activistas de la derecha significaban en otro tiempo la explosión de las cargas de plástico y de Gaulle los escuchaba con inquietud. Ahora los escucha con alegría y manda encender las luces tricolores que iluminan al cielo desde el Arco de Triunfo. La Marsellesa, que fue un tiempo el canto de la revolución, es ahora el de la contrarrevolución. La entonaba la manifestación de apoyo al General que subrayaba su discurso del jueves 30 de mayo. Más de un millón de personas, decían sus organizadores; cuatrocientos mil, quinientos mil, dicen las cifras de la policía. Es igual, no es una cuestión de número. El recuento está emplazado ahora en las elecciones de dos domingos consecutivos, del 23 y del 30 de junio. No era una cuestión de número en esta en todo caso enorme manifestación que subió desde la plaza de la Concordia por los Campos Elíseos hasta la plaza de la Estrella, sino de coagulación, de integración de grupos y de sectores.

Allí estaba André Malraux. André Malraux, el revolucionario, el que fue pro-chino cuando no lo era nadie («La condición humana»), pro-vietnamita de la primera hora (fundó el movimiento «Joven Anam», del que iba a salir, entre otros, Ho Chi Minh), aviador republicano en España («L'Espoir»), coronel de la resistencia francesa junto a los comunistas; se estaba co-deando, sin duda, con los mismos que pusieron una carga de plástico en su casa (él no estaba, pero la explosión dejó inválida para siempre a una niña de la vecindad) durante los días de Argelia; los mismos «terroristas blancos» aclamaban la presencia de quien fue entonces uno de sus perseguidos, el novelista y académico François Mauriac. Mauriac, desde su famoso «Bloc-Notes» del recién fundado «L'Express», sostuvo con toda la terrible fuerza polémica de su pluma a Mendes Frances, a François Mitterrand. Sonreía ahora con cierto placer cuando escuchaba los gritos de la manifestación (él no puede gritar: hace años que ha perdido casi totalmente el uso de la voz, y hay quien atribuye a eso la virulencia de su pluma

política) que declan: «¡Mitterrand al patíbulo!». (Los había más moderados, más burgueses: «Mitterrand al hospital» o, más sencillamente, «Mitterrand a la cárcel».) Reconversiones... Las ha habido más rápidas, incluso de una maravillosa velocidad. René Capitant fue el diputado cuya carta sensacional abrió la sesión de la Asamblea en que se discutió la moción de censura contra el gobierno Pompidou. En su carta, Capitant dimitió como diputado porque su conciencia le dictaba votar contra Pompidou y su ética le impedía hacerlo, puesto que pertenecía al mismo partido de Pompidou. Hoy es ministro de Pompidou. Ministro de Justicia en el nuevo gobierno. Treinando salto. Miércoles 22: actitud militante, activa, contra Pompidou; viernes 31: ministro de Pompidou. Todo esto caminaba junto por los Campos Elíseos, entre Cruces de Lorena, banderas nacionales y una primera fila de antiguos combatientes del 40, de la Indochina y de Argelia, ostentando en sus pechos las medallas que ganaron en las guerras que perdieron. Coagulados, unidos. Es un hecho conocido en la psicología social que la derecha, el poder que se tiene —el pájaro en mano—, se integra más fácilmente que la izquierda, que el poder que se busca.

¿Por qué han tardado tanto en manifestarse? ¿Por qué han permanecido en silencio, ocultos en sus casas o acaparando gasolina, cuando la revuelta estaba en la calle? Se les llegó a llamar —y no por sus enemigos— «el partido del miedo». Se dice ahora que responden «a la sagrada llamada de la patria», que se han alzado inmediatamente cuando de Gaulle ha denunciado la subversión como «un intento de dictadura totalitaria comunista». En realidad se han movido cuando han sabido que había una fuerza dispuesta a ayudarles: la fuerza militar. Se sabe ya, aunque sin muchas precisiones, lo que hizo en realidad el General de Gaulle cuando anunció que «se iba a meditar»: se sabe que se fue a consultar a los jefes militares. Se sabe que estuvo en Mulhouse, en casa de su yerno, el hoy General de Boissieu —un caso de ascenso rápido— y que en ella recibió a altos jefes militares, cuyos nombres se mantienen —por ahora— en secreto. Se sabe también que estuvo en la base francesa de Baden-Baden, en Alemania federal, donde tuvo un interlocutor de importancia: el General Massu. Se dice —y esto ya pertenece al terreno de los rumores— que un avión de reacción le llevó a ocho bases militares en Francia. La respuesta debió ser positiva. Ciertos movimientos de tropas y de blindados, en forma de maniobras, parecieron suficientes para marcar una actitud.

Esta fue la «meditación» del General y la fuente esencial de su discurso del jueves 30 de mayo. El viejo militar había encontrado en su regreso a los cuarteles la savia que iba a alimentar su voz: cansada y desfallecida el 24 de mayo, cuando anunció el referéndum, tenía timbre de clarín seis días después. La acusación a «un partido que tiene un objetivo totalitario», a «una dictadura comunista» no es más que un latiguillo. «Nos hace usted demasiado honor, señor Presidente», ha respondido, amargo y sarcástico, un diputado comunista. Ciertamente, el partido comunista francés ha sido el primer sorprendido de lo que ha pasado y desde el primer momento ha tratado de frenar una revolución que se le había escapado de las manos y que no desea. Para quien haya seguido de cerca las informaciones de lo acontecido en Francia durante el último mes, éste es un matiz que no le habrá escapado. El partido comunista comenzó denunciando de «aventuristas» a los estudiantes de Nanterre y a los de París; cuando los obreros —especialmente los de la CFDT— se solidarizaron con ellos, el partido comunista —y su sindicato, la CGT; y especialmente el secretario general, Georges Seguy— hizo todo lo posible por desgajarse del movimiento revolucionario y convertir la huelga en una situación clásica de reivindicaciones laborales; y en ese sentido, creyeron tener la huelga terminada cuando llegaron al pacto con los patronos y los representantes del gobierno; fue la reacción negativa de los obreros la que les llevó, en contra de su voluntad, a politizar la huelga. Demasiado tarde: demasiado mal. A remolque y a desgana. Todavía el sábado 1 de junio, cuando la UNEF pidió la manifestación en la estación de Montparnasse, la CGT se apresuró a renegar de ella y decir que era «inoportuna», que significaba «una pro-

# HARO TEGLEN

vocación». Todavía ahora el partido comunista tiene reservas en participar en la unión de la izquierda que Mitterrand ha ido a buscar personalmente al edificio central del partido —otra reconversión: cuando los acontecimientos de Hungría, ese mismo edificio sufrió un intento de asalto, y Mitterrand lo aprobó y sus seguidores participaron en él— con vistas a las elecciones. La respuesta final del partido comunista ha sido la de presentar sus candidaturas aisladas en el primer turno y aceptar la candidatura única de la izquierda en el segundo turno, en las circunscripciones donde no haya habido mayoría absoluta. De Gaulle tiene la seguridad —le han fallado en estos días muchas informaciones, pero no creo que ésta, tan patente, se le haya podido escapar— de que con otra actitud del partido comunista francés la situación de Francia tendría otro cariz. ¿Cuál? No se puede profetizar el pasado que no ha existido. Los comunistas ortodoxos explican que en ese caso la intervención del Ejército se hubiera podido producir automáticamente, sin contar con de Gaulle, y que probablemente habría estallado la guerra civil. No están preparados para esa eventualidad y —dicen— toda esperanza de democracia se habría perdido en Francia para siempre. Mientras que ahora...

Ahora, ciertamente, la situación es muy distinta a la de la Francia amodorrada de hace un mes. La voz de de Gaulle tenía en efecto el timbre metálico del clarín que a muchos les ha hecho suponer que tomaba una posición de fuerza. Esto es muy dudoso. Una cosa es la música, otra es la letra. Con música de marcha militar, de Gaulle cantaba una letra de abandono. ¿Qué fuerza es la de un hombre que destruye su propio gobierno, que disuelve una Asamblea en la que tiene mayoría y le es dócil, que se pone frente a las huelgas cediendo los beneficios salariales que le pedían? ¿Qué extraña pantomima es ésta? De Gaulle ha comenzado renunciando al referéndum. El referéndum es su arma favorita: cuatro en diez años de poder, cifra record en un país desarrollado occidental. El referéndum, vestido de gala del plebiscito, es el juego del poder personal en este caso concreto. Los letrados del consejo de estado le hicieron saber que, en este caso, no era constitucional. De Gaulle ha sostenido a Pompidou: pero precisamente los ocho ministros a quienes más directamente se referían los actuales movimientos, los que habían hecho frente a estudiantes y huelguistas, han sido despedidos. Víctimas propiciatorias, pobres sacrificados. Les ha entregado. En lugar del referéndum, elecciones generales para una nueva Asamblea. Es lo que pedía la izquierda desde hacía tiempo. Y, sin más diálogos, un decreto en el Boletín oficial aceptando la subida de salarios y las mejoras sociales que a los dirigentes de la CGT les habían parecido un triunfo. Fácilmente se ve que la amenaza, la advertencia de acudir a «fuerzas paralelas», su firmeza en sostenerse en el poder, no responden a la realidad de la situación. En el terreno resbaladizo de las hipótesis, y sin más apoyo que el de la imaginación, puede uno suponer que hayan sido ésas las condiciones que el ejército le ha puesto para su apoyo. El ejército de Francia, como bien se sabe y como

se vio en los días de la guerra de Argelia, en los de la OAS y, antes, en los de Indochina, no es un bloque, no es un monolito. Sus oficiales tienen opiniones políticas. Y sus generales. Es muy posible que hayan impuesto a de Gaulle ciertas condiciones políticas, que consisten en el sostenimiento de la democracia. Estaría en este caso de Gaulle en una situación lejanamente parecida —menos espectacular, menos sangrienta, más regular— que la del último año de Sukarno en Indonesia. Un ejercicio de virtuosismo para conservar un poder de fachada, de cara, un poder que ya no es suyo. Un equilibrio entre el ejército, entre las masas, entre la burguesía. Ganar tiempo es importante para el poder. De Gaulle cede para ganar tiempo. Presenta al país una opción que realmente no existía: entre el comunismo totalitario y las urnas de las elecciones generales. Ciertamente, además de un latiguillo oratorio y de una llamada a las fuerzas de extrema derecha para que se le unan, la acusación al partido comunista era la única que le quedaba disponible. No podía movilizar al país frente a quienes pidan democracia y final del poder personal. Era su opción.

La opción de la izquierda, ahora, ya no es más —salvo acontecimientos imprevisibles— que la de aceptar las elecciones. Son demócratas, se alzan en nombre de la democracia y no pueden negarse al sufragio universal. Un poco más adelante lo harán; un poco más adelante escucharemos que las elecciones están falseadas, que la presión gubernamental impide la campaña electoral. Por el momento, aceptan esta canalización clásica y van hacia ella. De aquí al 23 de junio, el General de Gaulle, con su nuevo gobierno y sin Asamblea que le discuta, va a realizar, sin duda,

una serie de reformas de estructura. Es decir, va a seguir su táctica clásica: quitarle las motivaciones a la izquierda, asumiéndolas él; llevando a las urnas un partido —al suyo, el U.D. V.— que se presente como innovador del país, frente a los políticos del «desván» como ha llamado, sin citar su nombre, a Mendes France. Desautorizado ya antes por el partido comunista, que se lamentaba de que un movimiento nacido para acabar con el mito de los «hombres del destino», en nombre de la democracia directa, de la autogestión y de las responsabilidades compartidas, hubiese sentido la necesidad de concentrarse en torno a otro «salvador», lo cual parecía en contradicción con su propio sentido.

Estamos ahora en el final del primer acto. Si la campaña electoral no se desmontase, no produce choques violentos —y parece difícil: la tendencia actual es la de enfrentamientos verbales y no físicos—, este primer acto terminará con la proclamación de los resultados electorales por ahora imprevisibles. El grupo que quede en el poder, sea cual sea, se encontrará heredero de una revolución que apenas ha comenzado, aunque muchos creen que ha terminado ya. Habrá unas consecuencias económicas y financieras por una parte; y por otra, una situación moral nueva: el camino de las reformas profundas, de las reformas de estructura se ha abierto y no se puede cerrar con el simple compromiso. Ni la derecha ni la izquierda son las mismas después de este fogoso primer acto.

